

REVISTA CINEMATOGRAFICA Y TEATRAL

Editada por la EMPRESA ZIG-ZAG en Santiago de Chile. — APARECE QUINCENALMENTE

Precio: \$1.-
EN TODO EL PAIS

Director en Santiago: ROBERTO ALDUNATE
Director en Hollywood: C. F. BORCOSQUE

SUSCRIPCION ANUAL
\$ 22.- en el pais
\$ 40.- en el extranjero

Toda correspondencia debe dirigirse a: EMPRESA ZIG-ZAG — Casilla 84-D. Santiago de Chile. — Bellavista, N.º 669

AÑO I SANTIAGO DE CHILE, 17 DE JUNIO DE 1930 NUM. 6

Últimos estrenos

LA PELICULA en la cual por última vez filmaron juntos Greta Garbo y John Gilbert, antes del matrimonio reciente de éste, "Una mujer galante", ha sido estrenada en el Teatro Carrera, con éxito sobresaliente.

Tiene esta obra algunos defectos de construcción y soluciones violentas e ilógicas, pero aceptables dentro del convencionalismo que reina generalmente en el cinematógrafo. Se advierte en la película, en cambio, un mérito de que carece la casi totalidad de las producciones americanas: deja ancho campo a cada uno de los artistas que en ella participan, para que pueda desarrollar sus facultades en toda su amplitud. De esta manera, los efectos del conjunto resultan como pocas veces hay ocasión de ver.

El título de la película, así se refiere a la protagonista, como parece, no corresponde al modo de ser de ella, ni encuadra con el temperamento de la heroína. Es, sin duda, el resultado de una traducción caprichosa del original.

El argumento novelesco, ofrece una serie de momentos interesantes, de gran dramática acción, en los cuales los artistas tienen ocasión de dar especial relieve a sus personajes. Además de Greta Garbo y John Gilbert, tienen participación descolante Lewis Stone, Dorothy Sebastian, Douglas Fairbanks, Mack Brown y Borworth. Siendo muy homogéneo el elenco, sobresalen del conjunto la Garbo, con su caracterización espléndida de la muchacha para quien el destino es cruel privándola de la posesión del único hombre a quien ama, y Fairbanks, hijo, que hace la interpretación muy bien estudiada del mozo bebedor y de mal criterio, que contribuye a la infelicidad de su hermana.

Así como esta obra tiene valores de actuación, los tiene también de presentación, magnífica. Hay una vista de unas regatas que es sencillamente hermosa. Los decorados interiores y cuadros naturales también son espléndidos.

Película apta sólo para mayores de 15 años; no recomendable para señoritas.

LAS PELICULAS que encierran un proceso judicial, por excepción, son realizadas en condiciones que ofrecen al público atracción novelesca. Puede el asunto ser impresionante, ser misterioso, ser subyugador; pero si una buena dirección no opera con él, la cosa no tendrá interés y llegará la cinta a constituir una lata para el espectador. Esto, o muy cerca de ello, ocurre con "El caso Bellamy", de la Metro Goldwyn Mayer, película estrenada en el Teatro Principal.

Esta producción se hizo tomando por base un ruinoso crimen cometido en Estados Unidos y que llamó poderosamente la atención pública, por los detalles misteriosos que lo rodearon. Con poco esfuerzo, pues, pudo realizarse un film interesante, para los que gustan del género folletinesco; pero, desgraciadamente, el asunto ha sido explotado en forma poco interesante, volviéndose buena parte del desarrollo, interrogatorios y contra interrogatorios en los estrados del tribunal.

En cuanto a la actuación de los artistas que en la obra participan, es sólo mediana. El elemento masculino está representado por actores de escaso mérito que, por supuesto, no pue-

den o no saben dar relieve a los personajes interpretados. El personal femenino encabezado por Betty Bronson, Leatrice Joy y Margaret Livingston, también artistas de segundo plano, hace cuanto está de su parte para dar realce a algunas escenas, siendo escasos los momentos en que pueden tener actuación interesante.

La presentación escénica no contribuye, casi en momento alguno, a aliviar el peso aplastante de la trama.

Película aprobada sólo para mayores de 15 años.

MANIFESTACION del deseo que domina en los estudios norteamericanos de agradar a los públicos de habla española, es el esfuerzo que vienen haciendo para producir películas en castellano.



Una escena de "EL CASO BELLAMY"

Es cierto que esta aspiración, puesta en la práctica, resulta a veces un verdadero atentado contra las más elementales consideraciones que se deben al público. Tal resulta, por ejemplo, con la cinta "Su íntimo secreto", estrenada en el Teatro Victoria.

La gente, atraída por la novedad de una película hablada en castellano, llenó el teatro y allí estuvo sometida a tortura durante más de una hora.

El procedimiento empleado para realizar esta película, tal cual fué presentada, es el de adaptar la fraseología en castellano a una producción hecha por artistas americanos y hablada en inglés. Como se comprende, no es fácil calzar la palabra en nuestro idioma al rit-

mo y a los movimientos de los labios de la frase dicha en lengua extraña. ¡Y así sale aquello! Aun cuando el trabajo de hacer hablar en castellano a las figuras se ha procurado efectuar con todo cuidado, a lo mejor el alto parlante sigue hablando mientras el artista ha pliegado ya los labios, o bien ocurre lo contrario.

Y eso que, en este caso, los actores con discreción, procuran en lo posible no estar de frente al espectador, a fin de evitar el mal efecto que produce el divorcio de los sonidos con el movimiento de los labios.

Creemos que este género de películas debe deterrarse por completo de nuestra pantalla. Estimamos su presentación como un verdadero atentado contra el buen gusto y un desafío a la proverbial resignación de este público.

Menos mal si estas películas habladas, en cualquier idioma, lo son por los propios artistas que actúan y no por dobles, como en el caso que nos ocupamos.

De todos modos, seguimos sosteniendo que debe evitarse en lo posible, la exhibición de películas con largos parlamentos, mientras nuevas modificaciones de la inventiva no vengán a dar la tonalidad natural de la voz humana en los altos parlantes. Por ahora, deben preferirse las cintas mudas, con mucho canto, mucho bailable y con los ruidos sincrónicos a los cuales el público va acostumbrándose.

Volviendo a la película "Su íntimo secreto", ella podrá ser exhibida silenciosa, ventajosamente, porque el argumento y la trama constituyen un drama de condiciones excelentes para atraer la atención del espectador. La actuación de los artistas que participan en la obra es digna de elogio. Ann Hardings es una primera dama con facultades dramáticas indiscutibles. La segunda un cuadro homogéneo de actores, que hacen un buen trabajo. La presentación escénica, también es magnífica.

Lo dicho. Esta cinta, muda, puede tener el éxito que le corresponde, por los valores de actuación y de presentación que contiene.

Película aprobada sólo para mayores de 15 años.

LA CINEMATOGRAFIA alemana con la cooperación rusa, ha ejecutado una película de carácter especial, estrenada por la Compañía Teatra bajo el nombre de "El espía rojo", en el Teatro Principal.

Con el tema de las maquinaciones de los espías, que invaden los países europeos, se ha realizado una trama intrinsecamente interesante, que mantiene al espectador en sostenida atención hasta el fin. El cúmulo de hechos que se suceden, con situaciones espeluznantes, en medio de una atmósfera de interesada maldad, no fatiga al público, no obstata de demorar muy cerca de dos horas el paso de la película por la pantalla.

A fin de dar carácter folletinesco a los acontecimientos, se entrelazan éstos con el romance de amor de un agente de los espías con el policía encargado de descubrir sus planes.

Desde luego, la obra pone de relieve una soberbia dirección, la cual ha conseguido dar muchísimo interés a los detalles y mantener el

WORK AND ANNALS

OBRA EN CUATRO ACTOS

ORIGINAL DE LEONHARD FRANK

TRADUCCION DE JOSE VIZCAYA CLARO

ESTRENA EN SANTIAGO, EN EL TEATRO DE LA COMEDIA, POR LA COMPANIA DE ALEJANDRO FLORES, EL 16 DE MAYO DE 1930

Inscrita en el Conservador de la Propiedad Intelectual, con el N.º 1.689.

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS. PROHIBIDA LA REPRODUCCION Y LA REPRESENTACION SIN AUTORIZACION ESCRITA DEL TRADUCTOR.

AUTORIZO LA REPRODUCCION EN «E C R A N».
Santiago, Mayo 28 de 1930.

J. VIZCAYA C.

REPARTO

ANNA, mujer de Ricardo.	VENTURITA LOPEZ PIRIS.
MARIA, amiga de Anna.	MARIA LLOPARET.
LA HERMANA DE MARIA.	ELVIRA FLORES.
KARL.	ALEJANDRO FLORES.
RICARDO.	RAFAEL FRONTERA.
EL MARIDO.	CARLOS LEON.
EL PRISIONERO ALEMAN.	GUILLERMO CARVALLO.
OTRO PRISIONERO ALEMAN.	PABLO VICUNA.
EL SUBOFICIAL RUBO.	FERNANDO SETTIER.
EL CENTINELA RUSO.	FLACIDO MARTIN.
UN SOLDADO RUSO.	RICARDO MOLLER.

EL PRIMER ACTO EN UN CAMPAMENTO DE PRISIONEROS ALEMANES EN RUSIA, EN LA FRONTERA DE EUROPA Y ASIA. LOS ACTOS SIGUIENTES EN BERLIN, EN CASA DE ANNA.

ACTO PRIMERO

En julio de 1917, en un campamento de prisioneros en Rusia, en la frontera de Europa y Asia.

Lo que ve el espectador: El interior de un barracón de madera, muy bajo. Al foro, una puerta pende de un gozne, abierta hacia el interior, a la derecha. La habitación no es muy grande. Afirmados al muro de la derecha, dos pequeños catres de campaña, cubiertos por viejas capas o mantas para caballos. A la izquierda, otros dos catres iguales, superpuestos. En el centro, una lámpara de parafina pende del techo, con una pantalla de tela. En el rincón de la izquierda, toda clase de herramientas como palas, hachas, etc. Por la puerta abierta, se ve el cerco de alambre, a través del cual se ve el campo iluminado por los colores rojos de la puesta del sol.

(El Centinela ruso, con su fusil con bayoneta calada, pasea frente a la puerta, por la parte de afuera. Luego se detiene, afirmado en los alambres, deposita su fusil en el suelo, apoyado contra un poste, saca de su bolsillo su pipa y su petaca. Va a sacar tabaco echándolo sobre su mano, sacude la petaca, que está vacía. Karl y Ricardo, con palas al hombro, aparecen llegando al foro, con el uniforme de campaña de los soldados alemanes, usado hasta dejar ver la trama. Ambos aunque no tienen un parecido absoluto, uno del mismo tipo y estatura. Tienen el cutis moreno de los obreros metalúrgicos. Presentan un aspecto salvaje, con la barba completa que usan. Ricardo es un poco más letrado y de más edad (40 años). El diálogo entre ellos es extremadamente lento, con grandes silencios entre cada frase. Se ve que sus pensamientos y sus palabras evolucionan sin cesar, desde hace tres años, alrededor del mismo tema).

KARL (saluda militarmente al Centinela, saca su petaca del bolsillo y explica por gestos al Centinela su deseo de ofrecerle tabaco).—¿Quieren tabaco, «tovarisch»?

CENTINELA.—(Respiro ti daiech, tovarisch). (Ha una mirada circospecta a su alrededor. Estira la mano y Karl le da tabaco).—(Spanio!)

KARL.—(Nichtso! Nichtso!) (Karl y Ricardo penetran a la habitación lentamente. Karl sostiene a Ricardo, que cojea y parece sufrir; le desmenuza de su piqueta y de su hacha y las colcas junto con sus propias herramientas, sobre el lecho de la derecha. Ricardo se sienta con precaución sobre su lecho. Karl se extiende sobre el suyo. Tienen ambos la calma, la expresión y la actitud del hombre que hace la misma cosa desde hace años, sin ningún interés).

RICARDO (se sube el pantalón hacia la rodilla y desenrolla una venda nueva que rodea su pastorella).—Uno de los de la nueva hornada de prisioneros dice...

KARL.—Dice que está contento con ser prisionero, ¿ah? Es lo que dicen todos al principio. ¡Ya cambiará luego de idea!

RICARDO.—No. Es de Berlín, y dice que allí ahora no se puede fumar nada más que cáscaras de papas.

KARL (sin levantar la cabeza).—Antes de la guerra, lo que fumábamos tampoco valía gran cosa.

RICARDO.—Ahora está lleno el campamento. Debemos ser más de mil... y nada más que alemanes... ¡Hasta cuándo irá a durar esta vida de perros...? ¡Tres años, tres años, mi viejo, que nos estamos pudiendo agotar aquí!

KARL.—Si no nos hubieran pescado en septiembre de 1914, no estaríamos aquí hace tanto tiempo.

RICARDO.—¿Qué pasará? ¿No te sientes cansado?

KARL.—Pensar que esos señores que fumaban habanos antes, los siguen fumando ahora! Pueden estar seguro que tienen cada uno sus veinte o treinta cajas de cigarrillos y que, después de almuerzo, se van a fumar buen cigarro, ¿entiendes? Desde aquí veo la caja, una caja larga y baja, así...

RICARDO (levantando su pierna desnuda, que aparece hinchada y de color azul, colocándola en el suelo sobre su otra rodilla).—(Siempre así, viendo cosas, ¿ah? Tienes suerte...)

KARL.—Cuando yo era pequeño, mi madre se compró un sombrero nue-

vo, una especie de capota con cintas largas. Entonces yo hice de ese sombrero un cochete. Me coloqué las cintas como arneses y así arrastraba el coche-sombrero por los patios de la casa.

RICARDO.—Tú no eres un hombre vulgar. (Toca su hinchazón con cuidado). Esto se hincha cada día más. Me duele horriblemente. Un dolor para hacer chincia. (Vuelve la pierna a su posición y baja el pantalón). Si esto llega a envenenarme la sangre, seguramente voy a querer cortarme la pierna. (Pausa). Anna, cuando se levantaba en las mañanas, yo dormía siempre para lado de la pared—lo hacía en tal forma que yo no me daba cuenta siquiera. Lo hacía con tanta suavidad, tan dulcemente.

KARL.—Eso ya no lo habías contado. Tú no despertabas nunca antes de que el gas hubiera comenzado a silbar.

RICARDO.—Sí... y tan monótono. Siempre quise arreglarme. Pero en eso vino la parálisis.

KARL (levanta un alfiler largo y monótono).—(Así, no es eso?)

RICARDO.—(Exacto!) ¡Silbará siempre mi gas?

KARL.—(Por qué será que ella tiene la cara tan blanca y el cuerpo tan moreno?) (Pausa). Color de cobre claro, me has dicho... No puedo pensar en otra cosa.

RICARDO.—Ya van tres años pasados... A veces ya no me acuerdo a qué se parecen Anna... No veo su figura... No la veo... Todo se borra... ¡Se borra!

KARL (como hipnotizado por una visión).—Yo sé perfectamente a lo que ella se parece... Exactamente... Tal como es ella... toda... entera...

RICARDO (tranquilamente).—(Pero tú no la has visto nunca!)

KARL (idem).—(La he visto ahora mismo! ¡En sueños! Me había fugado y había llegado a su lado. Se levanta e indica, siguiendo sus palabras). Cerca de la muralla, está la cómoda y ahí él lecho.

RICARDO.—¿Con nuestro colchón...? Es un colchón de tres piezas.

KARL.—Sí, ya lo sabía. Aquí la estufa, una estufa de fierro fundido, el cofre para el carbón, y el atizador con su mango de cobre. Y aquí (indica el rincón izquierdo) el canapé colocado así...

RICARDO.—¿La pilla? Espera... ¿Es que ya no está? (mira el muro derecho reflexionando).

KARL (sin vacilar).—Sí, aquí.

RICARDO.—Tienes razón... No has visto nunca mi casa y sabes más que yo.

KARL.—Entonces, Anna estaba instalada aquí (muestra el sitio del canapé). Sobre sus muslos—esto lo vi anoche en sueños, como ya te lo he dicho—la ropa se veía un poco más clara. Era tan lindo, como para no desear nada más... sí... no sé por qué tan bonito.

RICARDO.—Sí... es verdad. La ropa allí, se le aclaró por el sol... Ella una siempre trajes claros, de tela lavable.

KARL.—Entonces ella se volvió y vi su cara... Me miró...

RICARDO.—Con el avión que hoy voló sobre el campamento, yo pudiera haber llegado muy luego al lado de ella, aunque hubiese estado donde el mismo diablo. ¡Ah, Dios mío! ¿Quién podrá soportar esto? ¡Tres años!

KARL.—Tú, por lo menos, tienes a alguien en el mundo que piensa en ti. RICARDO.—Eso sí. Eso sí, es cierto.

KARL.—Que no vive nada más que para ti. Pero yo, mientras más pienso, en resumen, es bien claro, ¡no hay nada! Buscas, buscas la manera de soportar esto. Buscas toda tu vida. Eres como un gusano que tuviera que iniciar una caminata de diez mil millas a través de un desierto de arena, abrasada por el sol. Exactamente eso: un gusano de la tierra, sin tierra. Estás tan solo, que eres capaz de inspirar vida a una rata... Pero para ti, la cosa es distinta...

RICARDO.—Sí... Anna, ella me espera, Anna... A menos que haya reventado...

KARL (brusco).—(No ha reventado! ¡Anna no ha reventado! (Baja lentamente la cabeza).

RICARDO.—Deben ser muchos los que han muerto de hambre. No es solamente en el frente donde la gente muere.

KARL.—(Ricardo)... oye... ¡eh, viejo! Si tu mujer estuviera aquí, aborrecería a cualquiera que quisiera una sola vez...

RICARDO (pausa).—(Si ella estuviera aquí?)

KARL.—(Sí... había!)

RICARDO.—Por ser tú, que también te encuentras en este sitio de miserias... puede ser... quizás por una vez... sí... Pero a la segunda,

¡te partiría el cráneo con esta hacha! ¿Te lo juró! (Entran dos prisioneros más jóvenes, trayendo sus gamelas llenas de sopa y se sientan sobre el lecho de la izquierda).

PRIMER PRISIONERO. — ¡Hola! (Al lado de las trincheras, esto es un verdadero salón!)

SEGUNDO PRISIONERO. — Si durante tres años hubiera estado cazado en esta cueva como nosotros, bajo la férrea de los suboficiales, ¿qué cambiarías de modo de pensar. Me dirás que en las trincheras estabas expuesto a hacerse desbarbar en cualquier momento. Pues bien; aquí, la semana pasada, fusilaron de una vez a sesenta y tres hombres de la barraca número 3.

RICARDO (a Karl). — En cuanto a Anna, si hiciera algo por el establo...

SEGUNDO PRISIONERO. — La barraca número 3...

RICARDO (a Karl). — Pues a Anna... a ella... yo le... yo le...

SEGUNDO PRISIONERO. — ¡A sesenta y tres de un golpe! (Y sabes por qué?)

RICARDO. — Sin embargo... hasta cierto punto, sería demasiado... (Los recién llegados comen su rancho con calma, sin apuro).

SEGUNDO PRISIONERO. — Únicamente porque no se presentaron a la lista de la tarde.

PRIMER PRISIONERO. — ¡Sí, pero esa era una falta grave de disciplina!

SEGUNDO PRISIONERO. — ¡Ah! ¿Conque es así como tú eres?

PRIMER PRISIONERO. — En cualquier parte, esa es una falta de disciplina.

SEGUNDO PRISIONERO. — Pero la cuestión es saber que es lo que la disciplina exige de cada uno de nosotros y también el por qué esos pobres diablos no se presentaron a pasar lista... Se habían encerrado en la barraca y se habían hecho eso, fué por culpa del suboficial. Ese chancoso, llega todas las tardes a la barraca, antes de la llamada y entonces comienza a poner orden... ya sabes lo que quiero decir... ¡Y que encuentre únicamente una chinchin en tu cama! Y hay que ver, ¡las tiene que encontrar! Entonces ordena que dos de tus camaradas te acuesten amarrado sobre tu cama y te azoten hasta que salga la sangre... y si éstos son heridos o se resisten, reciben también el castigo.

PRIMER PRISIONERO. — ¡Bah! (En el frente es lo mismo! O quizás peor... Basta que te sirvas un día un poco más de tu ración, para que obliguen a tus compañeros a amarrarte a un árbol, suspendido de los brazos, y...)

SEGUNDO PRISIONERO. — ¡Ya sé todo eso! A los sesenta y tres los alinearon junto al muro... La cosa no duró ni cinco minutos... (A Karl y a Ricardo) No hay apetito, ¿ah? (Karl y Ricardo salen de su abstracción, toman sus gamelas vacías y se dirigen a la puerta).

RICARDO (cojeando pensativamente, a Karl). — Ya te digo, que si no me operan voy a perder esta pierna. (Salen).

SEGUNDO PRISIONERO (gritando). — ¡No vale la pena que se vayan! De nuevo no es apañable la pitanza (Al primero). A ése no lo cuidarán... El suboficial le tiene entre ojos. Lo hace trabajar cuanto puede desde hace tres años, de la mañana a la tarde. Porque ése, a cada cochinado que el otro le hace, le corresponde con una maldad; no se extraña por nada, es un buen hombre y eso no le puede soportar el suboficial. ¡El canalla! Quiere gozar con nuestra rabia, quiere ofrecerse al espectáculo de nuestra impotencia furiosa, el bribón! ¡Basta que Ricardo no se inmunda por nada! (Rechaza su gamela con disgusto a un lado de la mesa). En fin a estas horas nuestro reclamo ya debe estar pegado.

PRIMER PRISIONERO. — ¿Dónde iban a pegar el papel?

SEGUNDO PRISIONERO. — Precisamente en la puerta del comandante, el mejor sitio.

PRIMER PRISIONERO. — ¡Entonces es seguro que desde mañana tendremos todos los días asado! ¿Y quién fué el que se atrevió a pegar el papel?

SEGUNDO PRISIONERO. — Lo echamos a la suerte. Por eso no hay ni uno de nosotros que sepa a quién le ha tocado pegarlo. Así nadie lo puede vender. Porque si pillan al que pegó la reclamación, es seguro que a los diez minutos lo fusilarán. Al pie del papel dice: «Uno para todos». (Se levantan).

PRIMER PRISIONERO. — ¿Uno para todos? ¡Oye! Si la semana pasada, fusilaron a sesenta y tres de un golpe, puede ser que digan mañana: «Todos para uno».

SEGUNDO PRISIONERO (en el umbral). — No pueden fusilarlos a todos. ¿Quién haría los trabajos, entonces? (Salen. Karl y Ricardo entran con sus gamelas humeantes).

RICARDO (cojeando). — Si pudiera mandar una carta... quizás por intermedio del centinela ese... (Se sienta y comienza a comer).

KARL. — No es mal hombre el centinela. Pero no le llevará nunca una carta al médico del campamento... Tiene que ir por conducto regular. Háblale otra vez al suboficial. Díle que te presente a la visita médica.

RICARDO. — Sí, para que me cruce la cara de una bofetada... ¡y que yo no pueda hacer nada! (Pausa). El asunto de la reclamación por la mala comida, es otra tontería. Eso va a costar sangre, otra vez. Somos prisioneros de guerra. Lo cual quiere decir: Aguantar y cerrar la boca.

KARL (se sienta a comer). — Es que tú aguantas y aguantas siempre.

RICARDO. — Es nuestro destino... Si no descubren al que pegó la reclamación y al cual no se preocupará mucho en buscar, atrápanlo al primero que se les ocurra, y lo fusilarán lo mismo que si fuera el culpable... Para dar ejemplo, dirán... Ya verás...

KARL. — Bueno, déjalos, déjalos ejercitar la puntería... (Pausa).

RICARDO. — Anna... no, ella no es capaz de hacer eso... [Esta mujer, mi viejo, no es para otros]

KARL. — Pero, ¿y si ella hubiera tomado a otro, durante este tiempo? (Tres años, son muy largos para una mujer con sangre en las venas). Tú, tú mismo no te habrías quedado sin hacer nada si, en lugar de pulgas y chinchines, hubiese habido mujeres aquí.

RICARDO. — Pues bien, voy a contarte una cosa, mi hijo, que quizás tú no sabes hasta este momento.

KARL. — No creo fácil que lo no sepa.

RICARDO. — Cuando nos establecieron en Berlín, encontramos una bonita pieza con Anna y nos instalamos con un amueblado comprado a plazos...

KARL. — Eso ya lo sabía. Seis marcos al mes. Lo único que ustedes pagaron al contado fué el piso del canapé, ese bonito, bordado de azul y amarillo.

RICARDO. — Después vino la guerra. Pero antes de que yo pensara siquiera en partir, nos habíamos dicho: «Ahora nos preocupamos de tener un hijo». Y yo creo que Anna no habrá olvidado eso... No he tenido tiempo de pensar en otra cosa, preocupada de conservar nuestro pequeño menaje.

KARL. — Precisamente por eso. Puede ser que eso se le haya vuelto demasiado difícil... Además, tres años, (ansioso) tres años, mi viejo! ¡Piensa lo que son tres años! (Las mujeres con el cutis blanco y que tienen lunares, son las que menos pueden contenerse!)

RICARDO. — Y a ti, ¿qué te importa, al fin y al cabo, ésto? (¿En qué te concierne? Guárdate tus opiniones. Anna, no es mujer para entregarse así no más. Ya sabes tú lo que me costó decidirla a aceptar... ¡no... no es Anna una mujer para eso!)

KARL. — ¿Qué quieres decir?

RICARDO (sonando en las imágenes que evoca). — No puedo decir que...

KARL (rabioso de celos y de sufrir). — ¡Ya sé! ¡Ya sé! (¿No quieres llorar?)

RICARDO. — No sé. No te he contado esto todavía.

KARL. — Ya sé todo lo de ella. Mucho más de lo que me has contado y de lo que puedas contarme. (Pausa). La amas mucho? Quiero decir, si tu amor ¿es el único, el verdadero?

RICARDO. — ¿Cómo puedes pensar otra cosa! (Ya lo creo que la amo! ¡En adónde! Pero ella, ¿a ti se da cuenta, no es ni la mitad de lo que yo soy con ella... Precisamente porque soy su marido... Ya ves cómo es Anna... Es una mujer de buen criterio).

KARL. — La veo. La veo de nuevo ahora. Está en una avenida... es casi de noche... Está sola... Espera... no puedo decir nada más: ella espera en una avenida no muy lejos de la casa.

RICARDO. — No hay ninguna avenida cerca de la casa... ¡Oh! Si... ¡tienes razón! No... no muy lejos, hay una especie de avenida pequeña.

KARL. — ¿Y? No he ido nunca a Berlín. No lo conozco.

RICARDO. — Entonces, ¿cómo sabes que hay una avenida cerca de nuestra casa? ¿De dónde sacas eso?

KARL. — ¿De dónde lo sacó?

RICARDO. — Eso yo no te lo había dicho, puesto que yo mismo lo había olvidado.

KARL. — No sé de dónde sacó eso... No sé...

RICARDO. — Anna se sentaba, a veces, a tomar el sol en uno de los bancos de esa avenida. Ahora me acuerdo.

KARL. — No está sentada en un banco. Está esperando, de pie, bajo los árboles. No parece estar sobre la tierra.

RICARDO. — Sí, ella no hace más que eso: ¡esperarme! (Tres años! ¡Tres años, mi hijo!)

KARL. — Oye, tú no usabas barba antes. Cuando vuelvas a tu casa, al cabo de tantos años, con esa barba, puede ser que Anna no te reconozca siquiera, en el primer momento.

RICARDO. — ¡Oh! No tendré nada más que recordarte nuestra vida, la cantidad de cosas que un marido puede saber de su mujer. Tú comprendes, ella tiene costumbres como ésta, que te voy a decir...

KARL. — ¡Las conozco todas! Ya me lo has contado...

(Pausa, ya es casi de noche. Se oyen gritos incomprensibles en idioma ruso).

RICARDO. — ¡Ya viene ese bribón del suboficial a cazar chinchines!

KARL. — ¡Es para lo único que sirve! Yo creo que los anda trayendo, para tener la seguridad de poderlos encontrar.

SUBOFICIAL (entra bulliciosamente y grita). — ¿Quién fué el que pegó el papel en la puerta del comandante? (Karl se levanta. Ricardo quiere levantarse, la pierna se lo impide. Gime y se levanta para retroceder).

SUBOFICIAL. — ¿Quién lo pegó? Cuando los alineé contra la muralla, perros hambrientos, ¡ya veré si abren o no las bocas ante los rifles! (Pero ya no será tiempo entonces! (A Ricardo). ¿No vas a concluir nunca de levantarte, perro sarnoso? ¿No quieres levantarte?)

KARL. — Necesita que te hagan una operación en la pierna.

SUBOFICIAL. — ¡Calúste tú! (Con la gamela de Ricardo). Es tuyo ésto! ¡Cométele, asqueroso! (Se de aquí a diez minutos, no te has tragado el sol...)

De aquí a diez minutos, ¿entiendes? (Va a los lechos de la izquierda, echando atrás los cobertores y busca las chinchines. Ricardo, de repente, fuera de sí, coge un hacha, avanza un paso, levantando el arma sobre la espalda del suboficial. Karl salta sobre Ricardo, arranca el hacha de las manos, en cuyo movimiento golpea la pierna enferma del camarada. Este se desploma dando un grito y queda sin conocimiento. El suboficial se vuelve y ve a Karl con el hacha en alto, da un salto hacia la puerta, convencido de que Karl trata de matarlo. Grita: ¡La guardia! ¡La guardia! (Saca su revólver y apunta a Karl, que ha bajado el hacha. Dos centinelas aparecen con el rifle con bayoneta calada. Mostrando a Karl: ¡Llévenlo! ¡Ahora sí que te pesqué! ¡Ya te tengo! (Los centinelas se colocan a las costadas de Karl. El suboficial se pasea, rabioso, lleno del deseo de vengarse y con el sentimiento triunfal de su poder). ¿De modo que tú querías matarme? ¡Matarme! ¿Vas a aceptar, perro? Seguramente has sido tú también quien pegó el papel. ¿Ah? ¿Ese? ¡Buena la has hecho! ¡Es una lástima que no se pueda resucitar después del primer fusilamiento para repetir la ejecución! ¡Rie! ¡Es una verdadera lástima! Pero, de todas maneras, nos arreglaremos para hacerle pasar un buen cuarto de hora. ¡Tenemos para eso un buen método! ¡Un método muy eficaz! (Mira a Ricardo desvanecido en el suelo). En cuanto a éste... ya le vamos a proporcionar su o - p - e - ración. (De un solo golpe nos vamos a desembarazar de éstos dos. (A los centinelas): ¡Andando! ¡Fuera! (Karl vacila, después, va lentamente hacia la puerta entre los centinelas. El suboficial los llama y muestra a Ricardo). ¡Vuelvan después a buscar a éste (los centinelas miran instintivamente) para hacerle su o - p - e - ración! (Karl se lanza hacia afuera de un salto rápido como el rayo. Los centinelas se desconciertan y con el suboficial salen a la carrera, atropellándose en la puerta. Tumulato afuera, en medio de la noche. Dos balazos).

manas de permiso! Pero, ¿dónde está escondida? (Entra, su mirrada, que buscaba, en sobre su mujer. La alegría desaparece de su cara. La mira fijamente, con un gesto maquinal se desmenuza del rifle que pende a su espalda, apoyándose en el muro. Comprende que la guata es de su mujer. Da dos pasos hacia ella, pesadamente. La mujer levanta la vista con una expresión de abandono completo. El marido mira al cielo). ¿Y bien?

LA MUJER.—Se de Hans. (El marido lo sabe todo ahora, se vuelve lentamente hacia la puerta, vuelve a echarse el fusil a la espalda y se va sin decir una palabra. La mujer se levanta de la puerta y grita: ¡Willi! ¡Willi! ¡Sale, y afuera! ¡No te vayas! ¡Quédate!)

ANNA.—¡Pobre mujer! ¡Y el hombre! ¡El hombre!

KARL.—Todos estos casos son distintos. Hay algunos que matan a la mujer y al chiquillo sin más trámites; hay otros a los cuales todo esto tiene sin cuidado, no le dan importancia... En cuanto a eso, creo que yo no puedo pasar a nada más que le importe en la vida. De un solo golpe le ha sucedido algo que es demasado... Pero tú, Ana, tú has sabido permanecer como una buena mujer, todos estos años. Tu mujer valiente... Ahora, ya lo sé.

ANNA (se vuelve violenta y lo mira con fijeza).—¡Usted! ¡Si usted dice únicamente una vez más que es mi marido, ¿me entiende?, si lo dice únicamente una vez más...! (Tiene lágrimas de cólera en los ojos).

KARL.—Hace poco... Tú misma, hace un momento, lo has sentido muy bien... ¡Somos el uno del otro, tú y yo! ¡Tú lo has sentido muy bien!

ANNA.—¡No somos el uno del otro! ¡Usted, usted es un fanatismo, eso es lo que es usted! ¡Yo no lo he visto nunca! ¡No lo conozco!

KARL.—¡Un año, Annita! Fue en julio de 1917 cuando logré fugarme... ¡Me ha costado un año llegar hasta ti! ¡Durante todo el tiempo de mi evasión, lo he tenido en la cabeza otra idea que tú, nada más que que tú!

ANNA.—Eso sería proceder igual a todas. Se acepta a un hombre porque el marido no está aquí o porque ya no volverá nunca, ¿Es o se ve todos los días!

KARL.—¡Pero tú sabes muy bien que esto no es lo mismo, Anna! ¡Vamos! (Vuelve la cabeza a la ventana). ¡Vaya! Los visillos esos son nuevos! ¡Te acuerdas que los que había antes eran amarillos? El vendedor nos dijo que era una ocasión... ¿Te acuerdas?

ANNA.—Sí, me acuerdo muy bien... ¡Es para volverse loco!

KARL.—Ese vendedor usaba un bigote pequeño y tenía una cicatriz en la frente.

ANNA.—¡No acierto a comprender cómo sabe usted todo eso! ¡Pero es una villanía lo que usted hace! ¡Una villanía!

KARL (mira a Ana con angustia extremada. Deja caer la cabeza).—¡No, no! ¡Tú eres mi Annita! ¡Tú eres mi mujer!

ANNA.—Puede ser que mi marido viva aún, ya que usted lo dice. Y, a pesar de eso, ¿usted quiere hacer de mí su mujer? ¡Puede ser que ya aún y que vuelva!

KARL (levantando la cabeza violentamente).—¡Bueno! ¿Y qué? ¿Qué pasaría si llegara alguno? ¡Si llegara alguno? ¿Que piensas tú? (Con un salvajismo súbito, con los labios cerrados, a media voz: ¡No me importa quién pueda venir! ¡Puede ser que tampoco venga nadie! ¡Nosotros somos el uno del otro! (Ve el temer de Anna. Dulcemente: ¡Es el destino, Anna! ¡Es el destino!

ANNA.—Para mí... No, usted no es un extraño para mí... no comprendo nada... Al fin, esto no sería tan grave, a tanta distancia... No sería tan grave si solamente usted no insistiera en decir que es mi marido...

KARL.—¡Tú te das cuenta muy bien, sientes muy bien que somos el uno para el otro, tú y yo! Anna, ¿lo sientes?

ANNA.—Pero, ¿está aún vivo mi marido? (Espantada de ver su sentimiento hacia Karl, más fuerte ya que su razón). ¿Y si estuviera vivo? ¡Pero no! ¡Es imposible! ¡Absolutamente imposible! ¡No se puede una desprender así no más de su marido por otro! Eso no se puede. No puede dejar de pensar en él, de pensar en sus ojos, en su manera de mirar... ¡Me ha amado! ¡Oh! ¡Me ha sabido querer!

KARL.—¡Tú me has esperado! ¡Esta es la verdad!

ANNA.—Pero él era bueno conmigo! ¡Muy bueno! ¡Oh! No se parecía en todo a usted... era menos vivo... era más calmado... No era tan terminante ni tan salvaje... Usted... usted es todo nervios...

(Pasos rápidos en el corredor. Golpean. Anna va a abrir).

MARIA (permanece en el umbral de la puerta, llorando, muy agitada).—¡Anna! ¿Se fue? ¡Se volvió inmediatamente a la estación! ¡Se volvió al frente! ¡Volverá, ¿no es cierto? ¡Es seguro, Anna, que volverá! El día que vuelva, yo le saltaré al cuello. (Se abraza a Anna). Le saltaré al cuello...

ANNA.—Seguramente volverá.

MARIA (más tranquila).—¿No lo es cierto? ¡Tú también lo crees?

ANNA.—¡Por supuesto! (La toma por el tallo, con un gesto de consuelo, y se aleja).

KARL (sin demostrar sorpresa, tiende la mano a Maria).—¡Buenos días, señorita Maria. Usted no ha cambiado casi nada. Los cabellos únicamente... usted se ha cortado el cabello. (Los ojos de Maria van de Karl a Anna y se fijan en ésta, interrogando. Karl a Anna, apaciblemente): Maria no me reconoce.

MARIA (a Anna).—¿Qué? ¿Quién es? ¡Dime!

KARL.—El día del famoso paseo, sus cabellos se desataron dos veces. Anna le prestó una de sus pinetas.

MARIA (a Anna).—Pero, ¿qué? ¿Me lo vas a decir?

ANNA (con una expresión indescifrable).—Es Ricardo.

MARIA (estupefacta).—¿Qué? ¿Ricardo? ¿Qué me dices?

ANNA (impenetrable, con voz blanda).—Sí. Acaba de llegar. (Karl se sonríe tranquilo, como un espectador interesado).

MARIA (da un paso atrás, estupefacta).—¿Cómo tienes corazón para hacer bromas con el recuerdo de ese pobre Ricardo, Anna? ¡Tú! ¡Bromear a costillas de ese pobre! ¡De él! ¡De él, que está muerto!

ANNA.—¡No! ¡No ha muerto!

KARL.—Nadie está embromando, señorita Maria.

MARIA (a Anna).—¡Oh! ¡No habría creído nunca esto de ti, Anna!

KARL.—Pero, ¿por qué, señorita Maria? ¿Por qué no cree usted?

MARIA.—Aunque usted... quiero decir, aunque Ricardo hubiera cambiado tanto en cuatro años, yo sabría muy bien que era él a quien tendía ante mí vista. ¡Aunque estuviera ciega, sabría quién era él!

KARL (tranquilo).—Anna lo cree, eso prueba que lo siente.

MARIA (a Anna, inquieta).—¿Eh? ¿Ricardo? ¿Y tú eres oyes?

ANNA.—Ya lo ves.

MARIA (trastornada).—¿Pero, ¿es posible? ¿Sinceramente? ¿Tú aceptas esto? ¡Qué día que es Ricardo! (Anna hace un signo de cabeza sin expresión. Maria firmes y decidida). ¡Eso no es cierto! (A Karl). ¿Cómo se atreve usted, cómo se atreve a decir eso?

KARL.—Es la verdad.

MARIA (vehemente).—¡Es mentira! ¡Usted miente! ¡Usted es un impostor!

KARL (opone una lenta denegación de la cabeza y con un tono de profunda convicción).—¡No! ¡No!

ANNA (con un calor que demuestra su temor de perder a Karl).—¿Cómo puedes decir eso tú, Maria? No tienes derecho.

MARIA.—¡Anna! ¿Tú?

ANNA.—Cuando una está convencida, no hay mentira.

MARIA.—Pero, ¡si es precisamente por eso! ¡Es por eso, Anna! ¡Es preciso que tú lo sientas! Porque aunque yo fuera ciega...

ANNA (firme).—Para mí sería lo mismo, aunque yo estuviera ciega.

MARIA (comienza a comprender que Anna ama a Karl. Los contornos desorientada, y comienza a retroceder hacia la puerta).—¡Ah! ¿Es en tu idea? Yo no sabía... Y así... ¿de repente? Bien, me voy... No te enojas, Anna, no te enojas conmigo...

ANNA.—No, no me enoja.

MARIA (con una débil sonrisa).—Entonces, ¿me voy?

ANNA.—No digas nada todavía... No se lo cuentes a nadie... ¡a nadie!

MARIA.—No. No. (Mira a Karl, lo saluda con una pequeña reverencia, abraza de repente a Anna y sale).

ANNA.—Mi amiga no se ha equivocado al decir que usted miente. Usted ha visto bien claro que ella no se ha dejado engañar.

KARL.—¿Y tú, Anna? ¿Y tú?

ANNA (trabada).—Es una estupidez decir que usted es mi marido! ¡Es estúpido decir eso!

KARL.—¿Quieres decir que es la manera cómo lo digo? ¿Que es la forma únicamente? Sin embargo, tú misma, hace un momento, tú le has dicho a Maria... tú misma me has llamado Ricardo.

ANNA (fuera de sí).—¿Yo? ¡Al hablarle! ¡Nunca! ¡Ni una sola vez le he dicho Ricardo, al hablarle! El cuñado de Maria volvió a las trincheras. ¡Ven usted cómo concluyen estas cosas! ¡Ven usted!

KARL.—Yo no habría podido consentir con hacer eso, en su lugar. ¡Me habría muerto! ¡No, no habría seguido! ¡Qué me habría quedado después de una cosa así? ¡Yo necesito a alguien para quien poder ser la vida y que sea también mi vida! ¡Esto lo necesita todo el mundo! Sin eso, la existencia no valdría nada... El lunes buscaré trabajo... ¿Tú estás siempre en la fábrica de cartón?

ANNA.—¡Sí, siempre!

KARL.—Pues bien, ya no necesitarás ir más. ¿En qué situación estamos con los papeles de los créditos de la casa?

ANNA.—Ya están todos cantados.

KARL.—El canapé... ¿no estaba antes, ahí, cerca de la ventana?

ANNA.—Podemos volverlo a su sitio. (Llevar el canapé entre ambos).

KARL.—Así... así... Ahora, todo está en su sitio, como antes.

ANNA.—Usted ha entrado a mi casa y me dice cosas que, por el tono con que las dice, obligan a creerle. Me dice cosas que yo misma tenía casi olvidadas.

KARL.—Yo sé todo lo tuyo, Anna, mejor que nadie en el mundo, mejor que tú propia madre, mejor que tú misma... Y ¿cómo quieres que sea de otra manera? ¡Tú puedes comprenderlo muy bien, ahora. Mirame... Te lo ruego, Anna, mírame.

ANNA (agresiva de repente).—¿Sabe usted lo que le dije a mi amiga cuando supe la muerte de mi marido?

KARL.—Lo que puedas haber dicho cuando te llegó esa noticia falsa, no puedo saberlo... Debe haber sido un golpe muy rudo para ti, como lo es para las demás mujeres... Eso destrona el corazón. Pero, yo te conozco, tú no podrás creer que una cosa así pudiera sucederte. Tú no puedes una vida tan complicada, eres una hojita de árbol. Creíste durante mucho tiempo que yo volvería algún día, estuviste perfecta, durante mucho tiempo... Tú eres así... Tú eres así, como la sangre... una fortaleza y una tranquilidad como pocas se ven en la vida... siempre tranquila y alegre, aunque el sol no alumbrara. (Anna lo escucha y lo mira, como si Karl le leyera a la perfección su modo de ser. Se sienta con calma en el canapé, sin dejar de mirar a Karl). Y la vida se lanzó a correr ante ti y tú esperaste y esperaste... Yo conozco eso... Desde niño yo esperé... Se espera y se espera... a alguien... a alguien que sería mi compañera y para ser esposa... a alguien... a alguien que sería mi compañero... ¿Y tú? ¿Tú también esperas? (La cabeza de Anna cae sobre sus brazos cruzados. Soltara Karl se le aproxima, se inclina sobre ella y le pasa la mano suavemente por los cabellos). Es necesario que vuelvas a acostumbrarte ahora... Ana, que vuelvas a acostumbrarte.

ANNA (tranquilizada por la caricia tierna de la mano, levanta la cabeza). Su cara está calmada y tranquila. Se levanta).—(Entonces usted sabe también lo que he sufrido antes de mi matrimonio! ¿O aún sabe lo que he sufrido antes de eso?)

KARL.—No, eso no lo sé. Pero sé cómo eras de niña. No tan exuberante, ni tan melancólica, como son las demás muchachas. No te impacientabas cuando tu madre preparaba el alimento... Sabías esperar... Eras alegre y ni siquiera te dabas cuenta de que lo eras... (Anna lo escucha y lo mira con ojos brillantes, como si viera y percibiera por primera vez su influencia. Karl levanta la cabeza de entre sus manos). Me haces el efecto de haber creído como una fruta.

ANNA (muy emocionada).—¿Todo eso que usted me dice...?

KARL.—En cierto modo, tú estás enteramente en mí. No hay manera de explicar esto... pero mi sangre tiene tu forma... Cuando eras niña —no puede haber sido de otra manera, lo estoy viendo como si yo hubiera estado allí— tú volvías de la escuela con tu bolsón, empujabas la puerta de tu casa con la espalda y te quedabas un buen rato mirando la calle.

ANNA.—Eso que usted dice...

KARL.—¡Siempre me vas a tratar de usted!

KARL.—Eso que tú...

KARL.—Te toma sus manos... ¡Qué finas tienen las manos! ¡Juega con los dedos de Anna, le pasa un brazo al cuello!... ¡Y está piel tan suave! ¡Como la de una señora! (La acaricia en la nuca, en la nuca y en el cuello. Pasa sus manos sobre los hombros de Anna).

ANNA (sin defensa, le abandona sus labios. En un suspiro, después de un largo beso).—[Ricardo]... (Karl la atrae salvajemente y la lleva al lecho).

TELÓN

(Concluye en el próximo número).